



Gobernabilidad y
Convivencia Democrática
en América Latina



La Administración Obama: un año decepcionante en América Latina

*La Administración Obama no puede estar muy satisfecha
con la evolución de las relaciones interamericanas en su primer año.*

Peter Hakim, *Presidente de Inter-American Dialogue*

Durante cuatro meses cruciales, mientras Honduras se convertía en una prueba para la política norteamericana en América Latina, la minoría republicana en el Congreso bloqueó el nombramiento del Arturo Valenzuela como subsecretario adjunto para el Hemisferio Occidental y, en general, arrojó un jarro de agua fría a los esfuerzos de la Administración para diseñar una respuesta coherente a la crisis hondureña y a otros desafíos en los asuntos interamericanos. Los republicanos siguen sin aprobar el nombramiento del embajador de Estados Unidos en Brasil y bloquean el debate sobre un asunto crucial como es la reforma migratoria.

Los demócratas en el Congreso y sus socios sindicales han hecho imposible que la Administración pueda actuar responsablemente en asuntos comerciales de gran importancia, al impedir la aprobación de los acuerdos de libre comercio firmados con dos aliados próximos, Colombia y Panamá, y –violando el acuerdo de libre comercio con México– al

continuar con la prohibición a los camiones mexicanos para circular por las autopistas estadounidenses. En el lado positivo, la Administración Obama ha sido capaz de limitar el alcance de la cláusula proteccionista “Buy America”, pedida por los Demócratas en la legislación de estímulo de la economía.

Poco después de la Cumbre de las Américas, celebrada en abril de 2009 en Trinidad y Tobago, y donde el Presidente Obama fue calurosamente bienvenido por los líderes latinoamericanos de todo el espectro político, los gobiernos de la región empezaron a evidenciar más dificultades de las esperadas para el nuevo gobierno de Washington.

En la Asamblea General de la Organización de Estados Americanos, OEA, de junio pasado, Estados Unidos firmó a regañadientes la resolución aprobada por unanimidad que marcaba el sendero para la vuelta de Cuba a la organización hemisférica. A pesar de que la resolución era un paso constructi-

vo y coherente con la política de EEUU, los diplomáticos norteamericanos se sintieron excesivamente presionados a firmar un documento que pensaban podría interferir con la prudente aproximación bilateral a la tarea políticamente arriesgada de “reconectar” con Cuba, lo que ya ha producido algunos, modestos, pero importantes cambios.

El fracaso de la respuesta inicial de la OEA, aprobada por todos los Estados miembros, incluido Estados Unidos, en la restitución del Presidente Manuel Zelaya tras el golpe de Honduras, fracturó el consenso y provocó la rápida polarización de la opinión pública estadounidense y en el resto de las Américas sobre el modo en que se debía actuar en el futuro. Sin un responsable político directo para Latinoamérica en la Secretaría de Estado, la Administración Obama se vio sometida a una intensa presión por ambos lados. Ahora que ha decidido reconocer los resultados de las recientes elecciones presidenciales en Honduras –sin la restitución de Zelaya–, Washington se encuentra en una posición incómoda con la mayoría de los gobiernos de la región. La crisis hondureña ha demostrado lo difícil que será para Obama cualquier enfoque multilateral en una América Latina dividida.

En medio de la crisis hondureña, casi todos los gobiernos de Suramérica condenaron con vehemencia el acuerdo colombiano-estadounidense, que autoriza al ejército de EEUU a usar bases colombianas para combatir las drogas y el terrorismo. La profunda desconfianza de América Latina respecto a Estados Unidos, a pesar de la cálida acogida a Obama, se extendió mientras algunos gobiernos del continente pedían revisar todos los detalles del acuerdo, buscando garantías formales de que las actividades militares norteamericanas quedarían restringidas a Colombia. Quizás los vecinos suramericanos de Colombia reaccionaron exageradamente, pero es cierto que tanto Bogotá como Washington gestionaron mal el incidente. Desde el exterior se pedía más transparencia y mayores consultas.

Durante sus primeros meses, la Administración Obama veía Brasil como un socio prometedor tanto en asuntos regionales como

internacionales, pero los dos gobiernos han diferido desde entonces en la mayoría de los asuntos importantes. Ambas naciones se sienten mutuamente decepcionadas y frustradas. Brasilia ha criticado duramente el mencionado acuerdo EE UU-Colombia, así como la postura de Washington respecto a Honduras. Aunque el Presidente Lula ha ayudado a moderar la beligerancia de Hugo Chávez hacia Estados Unidos, no ha logrado, sin embargo, frenar sus asaltos a la democracia en Venezuela o su intervencionismo en América Central y del Sur. Asimismo, las estrechas relaciones de Brasil con el Presidente iraní Ahmadinejad preocupan profundamente a Washington, sobre todo por la defensa de Lula de la política nuclear de Irán y su aparente indiferencia hacia las amenazas de Teherán contra Israel. Por otra parte, la cooperación entre Brasil y Estados Unidos en la Ronda de Doha y en el desarrollo de los biocombustibles parece paralizada. Un año después de la histórica elección de Obama, Lula ha declarado al Financial Times que “los Estados Unidos no prestan atención a América Latina”.

A pesar de los apretones de manos y las sonrisas en Trinidad, el Presidente Chávez ha continuado con su agenda antiamericana en el continente. Sigue siendo una fuerza peligrosa y distorsionadora en asuntos interamericanos y un oponente malicioso para los Estados Unidos. En vez de atacar directamente a Obama como hacía con Bush, acusándolo de responsable de las políticas “imperialistas” y de agresión de EE UU, Chávez menosprecia a Obama calificándolo de bienintencionado, pero demasiado débil para reducir los efectos predadores de agencias como el Pentágono o la CIA.

Es interesante destacar que contrariamente a lo que muchos pensaban, que la crisis financiera global iba a ser el mayor desafío para América Latina y lo que más podría dañar las relaciones de Washington con la región, ha demostrado ser menos destructiva de lo que se temía. Los perjuicios económicos y sociales se han controlado en la mayoría de los países, que ya están registrando tasas de crecimiento. A pesar de que la crisis ha sido

esencialmente “made in USA”, la recriminación contra Estados Unidos ha sido limitada. Hay que reconocer que la mayoría de los gobiernos de América Latina realizaron, en los años previos a la recesión, una buena gestión económica que dejó a casi todos los países bien preparados para soportar los shocks externos.

En resumen, la Administración Obama tiene todavía por delante una difícil agenda, si bien será ahora más manejable tras la reciente confirmación por el Senado de Arturo Valenzuela como responsable principal para Latinoamérica.

Honduras es la prioridad más urgente. La política de USA tras el golpe demostró el compromiso de la Administración con el multilateralismo en las Américas, pero los recientes acontecimientos amenazan con distanciar a muchos de los países del hemisferio. El desafío para los Estados Unidos, trabajando a través de la OEA, es encontrar una fórmula que permita a la mayoría de las naciones reconocer la legitimidad del recientemente elegido presidente de Honduras e identificar un mejor camino para que los gobiernos puedan responder colectivamente a los golpes de Estado u otras violaciones de la democracia. Si esto no se logra, la Administración Obama tendrá que gestionar su agenda latinoamericana con un grave asunto sin resolver.

Otra tarea difícil es asegurar a Colombia la continuidad del apoyo estadounidense en la lucha contra el narcotráfico y las guerrillas, y frente a las amenazas de la vecina Venezuela. El gobierno colombiano está descorazonado por el fracaso de la Administración Obama para lograr la aprobación por parte del Congreso de su tratado de libre comercio. A Bogotá no le preocupa tanto que Venezuela quiera empezar una guerra, sino que Chávez pueda apoyar a las FARC, que ya disfrutaban de territorio seguro en Venezuela, prolongando así el conflicto interno de Colombia. Pero el reto de la Administración Obama es más complejo que simplemente ayudar a Colombia a resistir las embestidas de Venezuela. Debe también persuadir al gobierno colombiano para que reduzca los abusos de los derechos humanos,

controle mejor sus servicios de inteligencia y de seguridad y mantenga desarmados a los paramilitares. Asimismo, Washington debe asegurar a otros países suramericanos que el acceso estadounidense a las bases en Colombia no supone una amenaza para ninguno de ellos.

La relación con Venezuela y sus aliados de ALBA requerirá un delicado equilibrio. La confrontación con Hugo Chávez es normalmente contraproducente, y la mayoría de las veces provoca su envalentonamiento más que su contención. Washington debe tener cuidado para que su comportamiento hacia Venezuela no dañe sus relaciones con otras naciones. Aún así, será difícil para EEUU ignorar las violaciones de Chávez de las reglas democráticas, su injerencia en otros países y sus crecientes relaciones con Irán. Se necesitará flexibilidad y una gestión atenta.

Teniendo en cuenta que la agenda estadounidense en América Latina depende con frecuencia de la calidad de las relaciones con Brasil, el rumbo de éstas será también una tarea complicada. La labor es mucho más difícil por el retraso del Senado en la confirmación de Tom Shannon (el predecesor de Valenzuela) como nuevo Embajador en Brasil. Puede que el principal desafío para la Administración Obama no sea encontrar una base común con Brasil, sino esperar, aceptar y trabajar sobre los desacuerdos políticos y los enfoques divergentes. Igualmente importante será persuadir al Congreso de la necesidad de nuevas normas en materia de comercio y energía que tengan más en cuenta el significado de Brasil para la política exterior de Estados Unidos.

Los múltiples problemas de México, incluyendo la peor recesión económica de América Latina, y la incesante ola de crimen y violencia, son un especial reto para Estados Unidos. No hay país en el mundo que sea más importante para Estados Unidos que México y sus problemas no parecen tener una solución a corto plazo. Una cooperación constructiva a largo plazo entre EE.UU y México requerirá reformas dolorosas y cambios en la política de ambos países. Washington, por su parte, tiene que reformar su maltrecho sistema de

inmigración, replantearse sus políticas anti-drogas y, tal como exige el NAFTA (Tratado de Libre Comercio de Norteamérica), permitir a los camioneros mexicanos conducir dentro de Estados Unidos. Más allá de México, el gobierno estadounidense tiene que ser consciente también de los desafíos profundos y desestabilizadores en materia de seguridad a los que se enfrentan sus otros vecinos cercanos de Centroamérica y el Caribe.

Finalmente, la Administración Obama debería hacer todo lo posible para mantener su estrategia paso a paso respecto al desbloqueo de Cuba, que ha producido resultados prometedores sin haber generado la temida resistencia política. En este asunto es posible lograr un cambio sustancial que tendría efectos positivos inmediatos en toda América Latina.

En resumen, las relaciones hemisféricas han seguido un curso decepcionante durante el primer año de la Administración Obama, y los Estados Unidos han sufrido varios retrocesos en América Latina. A pesar de que Barack Obama sigue siendo ampliamente admirado a lo largo de la región, seguramente ha aprendido que no será fácil construir unas relaciones positivas. Para lograrlo, la Administración Obama debería trabajar más intensamente, en Washington y en la región, e invertir más que los hasta ahora escasos recursos políticos, intelectuales y financieros. Los gobiernos de América Latina también tendrán que trabajar más duro.



FLACSO Secretaría General
Tel. 506+2253-0082 / Fax. 506+2234-6696
Apdo. Postal 5429-1000 San José, Costa Rica
flacsosg@flacso.org

www.flacso.org